



## ***El discurso social y las fronteras de lo que se puede pensar y decir***

**Angenot, Marc (2010): *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores. 228 páginas. Traducción de Hilda H. García.**

**Raquel Aniulis\***

Marc Angenot (Bruselas, 1941) es doctor en Filosofía y Letras (1967) y se desempeña como docente e investigador en la Universidad McGill de Montreal. Considerado el padre de la teoría del discurso social, prefiere llamarse “analista del discurso” en lugar de historiador, pues *quien se dice analista del discurso es sensible a la materialidad de aquello que transmite y no fantasea con un sentido y una intención que trasciendan las palabras ni atraviesa un archivo como si éste fuera un vector transparente de informaciones sobre el mundo empírico*. Entre sus muchísimas obras (desde los 70, prácticamente edita un libro por año) pueden mencionarse *Le roman populaire: recherches en paralittérature* (1975), *La Parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes* (1892), *Mille huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social* (1989), *Rhétorique de l'anti-socialisme* (2004), *Le Marxisme dans les Grands récits* (2005), *Dialogues de sourds: traité de rhétorique antilogique* (2008).

Intentaré un recorrido por las ideas que se presentan en este libro, que podría llamarse un “Angenot básico”, pues la selección por María Teresa Dalmaso y Norma Fatala (capítulos de un libro, artículos y una conferencia) ha tenido como objeto ofrecer una introducción al pensamiento del investigador canadiense. Con intencionadas marcas de oralidad, algunas veces complejo y otras muy ameno y casi anecdótico, Angenot se instala en el mecanismo que convoca: la novela, tipo discursivo que funciona –junto con la argumentación– como modelo de conocimiento fundamental, pues el saber se comunica narrando. De esta manera, forma y

---

\* Raquel Aniulis es profesora de Lengua y Literatura, y Licenciada en Enseñanza de la Lengua y la Literatura por la UNSAM. Vive en Salto y se desempeña como docente en los niveles secundario y superior. Se encuentra investigando las concepciones de literatura en los talleres escolares de escritura, en el marco de la Maestría en Escritura y Alfabetización en la UNLP.

[raquelaniulis@yahoo.com.ar](mailto:raquelaniulis@yahoo.com.ar)

contenido son partes indisolubles, ya que el *novalesco-general* es la figuración convencional de tiempo y espacio que permite dar forma y hacer inteligibles los hechos aislados, en la claridad de la lectura global y verosímil. Aquí tenemos, pues, a Angenot contando sus investigaciones, entre inducciones y deducciones, rumbo a un cierre que podrá sorprender pero sólo dentro de los límites de lo esperable, de lo decible.

Como se señala en el prólogo de esta primera edición en castellano, la difusión de la teoría del discurso social de Angenot se ha visto favorecida en Argentina por los puntos de contacto de ésta con el trabajo de Eliseo Verón, a la vez que limitada por la falta de traducciones de sus libros. En *El discurso social* nos reencontramos con el pensamiento que nos acompañó en traducciones de circulación interna en instituciones formadoras nacionales, como “Retórica del discurso social”, un artículo publicado en 1988. Este año también vio la luz la traducción del libro *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, reeditado por la Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba que lo había publicado en 1999.

El subtítulo *Los límites históricos de lo pensable y lo decible* nos lleva a algo que el saber popular ya había acuñado: no se puede pensar cualquier cosa. Al momento de enunciar, se está enviando algo al universo de los decires posibles, luego de haber pasado tres barreras: la del lenguaje mismo, la del pensar en el marco de la cosmovisión dominante o por lo menos vigente en ese momento histórico y la de lo que es aceptable decir porque el destinatario está en condiciones de recibirlo. Nadie habla en el vacío, siempre hablamos en respuesta a lo que nos permite el discurso social en: lenguaje, géneros y temas.

El libro está organizado en tres secciones: primero *El discurso social*, que presenta el capítulo inicial y las conclusiones de *1989: un état du discours social*; luego *Tres recorridos por la topología global*, tres artículos independientes publicados en 1996, 2008 y 2009 y, finalmente, *Itinerarios teóricos* que reproduce un diálogo con Laurence Guellec cuyo sentido es ofrecer detalles sobre investigaciones pasadas y presentes, aunque por momentos resulta un tanto repetitivo en las respuestas del entrevistado, ya que son muy similares a las expuestas en los capítulos anteriores.

En el prefacio dirigido al público argentino, y al hispanohablante en general, Angenot explicita el objetivo de presentar un conjunto estructurado de estudios consagrados a la teoría del discurso social, a la historia de las ideas, análisis del discurso y retórica de la argumentación, con la esperanza de lograr una confrontación fructífera con el trabajo de importantes y lúcidos investigadores de Argentina y América latina.

Cuando arrancamos la lectura y todos estamos esperando que exponga qué entiende por “discurso”, la definición aparece curiosamente en una nota al pie del prefacio, y dice:

No me parece problemático adoptar, para el estudio del siglo XX, la categoría de ‘discurso’ en un sentido amplio, capaz de incluir todos los dispositivos y géneros semióticos –la pintura, la iconografía, la fotografía, el cine y los medios masivos- susceptibles de funcionar como un vector de ideas, representaciones e ideologías. (2010:15).

Más adelante dirá que “podemos llamar ‘discurso social’ no a ese todo empírico, cacofónico y redundante, sino a los sistemas genéricos, los repertorios tópicos, las reglas de encadenamiento de enunciados que, en una sociedad dada, organiza lo decible –lo narrable y lo opinable- y aseguran la división del trabajo discursivo.” (2010:21).

Así, detalla la génesis de quizá la más ingeniosa de sus investigaciones: elegir un país, un idioma, un año y toda la producción impresa de ese intervalo, no para describirla (que hubiera sido interesante de por sí) sino para dar consistencia teórica a la noción de discurso social que propone. Así, elige Francia, el francés de 1889, y se aboca a analizar interdiscursividades (interacción e influencia mutua de los textos como eslabones de cadenas dialógicas) e intertextualidades (circulación y transformación de pequeñas unidades de significantes aceptables en el marco de la *doxa* del momento).

¿Qué se propone? Encontrar los puntos de comunicación lógica y temática entre la reflexión filosófica o la literatura y las consignas políticas, las canciones del café-concert, las revistas satíricas y la prensa popular.

¿Qué encuentra? La *hegemonía de lo pensable...* el conjunto de repertorios, reglas y la topología misma que confieren (o no) posiciones de influencia y prestigio a entidades discursivas, les asignan estilos, formas y argumentos que las hacen aceptables. ¿Por qué es que los razonamientos del pasado resultan ofensivos, o absurdos? ¿Por qué los chistes antiguos no causan gracia? ¿Por qué las noticias de un diario muy viejo parecen mal escritas? Aunque niega que exista un “misterioso espíritu de la época que impregne a los humanos”, (porque siempre hay límites invisibles pero “aceptablemente rigurosos” de lo pensable para quienes están dentro de una época) ve que siempre reina una “hegemonía de lo pensable (no una coherencia, sino una cointeligibilidad)” (2010:16) que como una burbuja rodea a conformistas y rebeldes por igual. Los discursos sociales, siempre presentes como mediadores, construyen el mundo social, lo objetivan y naturalizan los procesos sociales, incluso llegan a fagocitar lo nuevo para incorporarlo al campo de lo entendible.

¿Qué ocurre con lo que *no se puede decir*? Aparecerá en el futuro, tres o cuatro generaciones después, cuando el rechazo que la hegemonía le opone se debilite y los nuevos analistas se sorprendan porque lo que es habitual en su presente haya sido impensable o indecible medio siglo atrás. Equivocadamente, hasta quizás sientan que el mundo ha progresado, que el pensamiento ha avanzado, porque hay una “única verdad del mundo: la imposibilidad de conciliar sentido y valores.” (2010:128).

¿Qué elementos componen el hecho hegemónico? 1) La lengua legítima-oficial, que determina el enunciado aceptable e imprimible; 2) la tópica, como el lugar de lo opinable, lo plausible y lo convincentemente encajable en el relato y la *gnosis* dominante, en forma de estructuras mentales o pensamientos en vigencia, como censuras y autocensuras; 3) los fetiches y los tabúes, como lo *intocable* que tienta y (se) oculta; 4) el ego-etnocentrismo de quien se arroga el derecho de establecer alteridades e identidades, legitimar y condenar desde las posiciones de poder; 5) las temáticas, que nuclean el repertorio de lo obligado en una visión del mundo; 6) el *pathos* dominante, algo así como un *sentimiento* de la época; y finalmente 7) el sistema topológico, un sistema de división de tareas discursivas, géneros, subgéneros y estilos repartidos organizadamente en campos o regiones.

Hechas estas explicaciones, Angenot considera que “el pasado es un vasto cementerio de ideas muertas” (2010:18), que en su tiempo fueron convincentes, admirables, movilizadoras, incluso evidentes; y que a su vez, ese pasado es analizado por el historiador de la ideas desde otro conjunto de saberes bien fundados, sólidos y aceptados, pero en camino a ser devaluados, olvidados o hasta de ser considerados peligrosos.

En la segunda sección, y bajo el subtítulo “Gnosis, milenarismo e ideas modernas”, realiza una interesante asociación entre el hecho religioso y la política. Encuentra paradójico que el siglo XIX haya anticipado que el siglo XX vería el fin de las religiones, y que éste último haya sido mentiroso consigo mismo al negar su religiosidad. Claro que fue un siglo de *religiones políticas* portadoras de fanatismos y odios resguardados tras el nombre del bien soberano. Entonces hace un recorrido por la el pensamiento de Eric Voegelin quien caracteriza a las ideologías bolchevique y nazi como la antigua religión-política egipcia del culto al sol, porque poder y religión se encontraban unidos. De este modo, continúa en ellos, por ejemplo, la contradicción de los dioses buenos que observan pasivamente el triunfo diario del mal, dilema que lleva a la *necesaria* aparición de los modelos mesianistas con poca solidez lógica en sus planteos.

En “Las nuevas propuestas para el estudio de la argumentación en la vida social”, después de analizar cómo el término *retórica* se aplica peyorativamente a la locuacidad vana, a la propaganda falsa, al engaño, al bla, bla, bla; Angenot plantea al lector: “es cierto que los seres humanos argumentan todo el tiempo y en toda circunstancia, pero resulta claro que se persuaden muy poco (o casi nunca) entre sí. Ésa es la impresión constante que causan desde el debate político, hasta la disputa doméstica, y de ésta a la polémica filosófica”. (2010:172). E, inmediatamente, instala las preguntas más interesantes de todo el libro:

... ¿por qué, a pesar de lograr persuadirse mutuamente en tan pocas ocasiones, los seres humanos no se desaniman y persisten en argumentar? ¿A qué se deben estos fracasos reiterados? (...) ¿Qué debemos

aprender de una práctica que todo el tiempo fracasa y que, sin embargo, se repite sin cesar? (2010: 172-184).

Entonces analiza, no las opiniones divergentes frente a un tema, sino las distancias que hacen imposible siquiera aceptar el razonamiento del otro, al que se tilda de ilógico o absurdo, pero que más profundamente trataría de racionalidades diferentes, de cortes de lógicas argumentativas, que configuran un verdadero “diálogo de sordos.” (2010:172).

Frente a estos cortes argumentativos y cognitivos, el retórico no puede erigirse en un dios que zanje la cuestión con un sentencioso *tú te equivocas, pero tu adversario razonaba en forma correcta*. Más aún si se trata de argumentos de un pasado más o menos lejano, pues las reglas de la argumentación no son intemporales, forman un objeto particular, autónomo, pero propio de un tiempo, ya que las sociedades se conocen hablando y escribiendo. El hombre en sociedad narra y argumenta de una forma en particular. Por otra parte, que las razones del pasado hoy no nos convenzan, no las transforma en falsas o inválidas, pues sería presuntuoso pensar que el presente (y nosotros dentro de él) es juez del pasado. Por eso, propone seguir esta línea y elaborar una *historia retórica* que supere el simple relativismo, y que se aboque a estudiar la variación histórica y cultural, la historicidad de los tipos de argumentación, de los medios de prueba, de los métodos de persuasión.

Esta obra viene a redondear antiguos atisbos en artículos de circulación casera (de las casas de estudio, claro), a certificar con la reincidencia de la lectura la solidez del prolífico pensamiento de Angenot y a abrir nuevos horizontes de trabajo y de miradas sobre nuestra realidad cotidiana. ¿Decir que Sarmiento era racista? ¿Swift es de mal gusto? ¿Sor Juana feminista? ¿Por qué no se legisló antes el matrimonio igualitario? ¿El paso del tiempo por sí sólo es la lente mágica que hace tan fácil ver los defectos en las producciones de otro siglo, cuando literalmente *no vemos nada* en la novela escrita ayer o en el noticiero de hoy? Seguramente en la obra de Angenot hay hipótesis perfectas para abordar discursos actuales y pasados desde mejores lecturas, menos prejuiciosas, menos egocéntricas, más honestas, más ricas.